

tal gracia que subrepujaba á sus mismos dones; en una palabra, dotado de todas las prendas que hacen amables á las personas particulares, pero que estando solas ó acompañadas de la inacción y frivolidad, hacen siempre despreciables á los soberanos; príncipe, sin embargo, verdaderamente digno de compasión, pues se halló en las circunstancias mas lastimosas.

Inmediatamente despues de la muerte de Enrique III, tomó el rey de Navarra, á los treinta y seis años de edad, el título de rey de Francia, y se llamó Enrique IV: nombre tan justamente grato á los franceses que despues los mejores reyes solo han aspirado á parecerse á él. Sin embargo, la corte y el ejército católico mostraron mucha incertidumbre acerca del partido que tomarian con respecto á él. Se reconocian su derecho incontestable á la corona, y todas sus grandes cualidades, tan á propósito para reparar las desgracias del reino; pero era calvinista, y los antiguos franceses, aun en la profesion licenciosa de las armas, tenian un amor á su Religion que apenas es creible en nuestros días. Se acordaban de que en todas las asambleas generales celebradas durante las dos primeras dinastías, la cualidad de católico era la primera y la mas inviolable de las leyes; se acordaban de que en tiempo de la tercera raza, permanecia íntegra esta gran ley, á pesar de las reglas del régimen feudal; se acordaban, en fin, de que desde la existencia de la monarquía era la única ley que jamás habia sufrido alteracion ni variacion alguna, pues aunque muchas veces se habia derogado á la ley de sucesion en su objeto mas importante, jamás se habia tocado á la ley nacional de la catolicidad (1).

Sin embargo, movido el valeroso Givri de su genio simpático á Enrique IV, fué, sin de-

(1) Fauchet, *Disc. acerca de la Religion nacional*, 1589.

liberar, á jurarle desde luego una fidelidad inviolable, diciéndole: «sois el rey de los valientes: solo seréis abandonado de los cobardes.» Los soldados, incapaces de ningun miramiento, aun en presencia del monarca, se calaban insolentemente los sombreros, ó tirándolos al suelo con despecho y dándose las manos unos á otros, decian: «antes morir que tener por rey á un hugonote.» Los grandes, con mas circunspeccion y con un triste silencio, daban mucho mas que temer. Se resolvió, sin embargo, que se reconoceria á Enrique de Borbon por rey de Francia, siempre que prometiese abjurar la heregia y volver á entrar en el gremio de la Iglesia, segun las intenciones del difunto rey, el cual antes de espirar le habia declarado sucesor suyo, añadiendo que no podia asegurar la corona sino haciéndose católico.

Con un fondo de Religion, de que dió varias veces Enrique IV pruebas visibles, á pesar del desarreglo de sus costumbres, y siendo incapaz por su solo carácter de burlarse de las cosas santas, no estaba demasiado adicto al calvinismo, pues en muy poco tiempo le habia abandonado por temor, en el reinado de Carlos IX, y habia vuelto á él por un respeto humano, fundado en la política; pero no queria que en una edad ya madura y hallándose ya en el trono que le correspondia por razon de su nacimiento, se atribuyese otra vez su mudanza á la fuerza ó al interés; y esta fué la respuesta que dió á las proposiciones del duque de Luxemburgo, cuando pasó á su campamento de Meudon, de parte de los demas señores católicos. No obstante, dió desde entonces palabra de que en el término de seis meses haria que le instruyesen algunas personas ilustradas, y en caso necesario contaria para ello con un concilio nacional, á cuya decision se sujetaba sinceramente. Entretanto prometia conservar en Francia la Religion católica en toda su integridad, asi en cuanto al dogma, como en cuanto á la disciplina, á las prácticas comunes y

al régimen gerárquico. Formalizose este tratado el dia 4 de agosto, y despues le firmó y juró el rey por una parte, y por otra los grandes del reino, á escepcion de algunos que mostrándose como llenos de mas celo miraron el tratado como una medida á medias con que no podia quedar satisfecha su conciencia ó dieron á entender que no habia sido ni era la Religion el móvil de la conducta de Enrique. Aunque por esta desercion quedó tan disminuido el ejército Real que se vió obligado á levantar el sitio de Paris, el generoso monarca dijo que queria mas cien buenos súbditos que doscientos que fueran dudosos y permitió públicamente se retirasen los defeccionarios.

La Liga por su parte proclamó rey, con nombre de Carlos X, al viejo cardenal de Borbon, que habia sido arrestado en las juntas de Blois, con los parientes y amigos del duque de Guisa, y se hallaba preso en Fontenai del Conde, provincia de Poitou. En Paris se pronunciaba con execracion el nombre de Enrique IV, ó por mejor decir, se le llamaba siempre el navarro ó el bearnés. No satisfecha la frenética Montpensier con la muerte del asesino de su hermano, aspiraba á que alcanzase el parricidio al que le habia reemplazado. A pesar de que Mayena era naturalmente muy moderado, se prestaba por seduccion al frenesí de su hermana. Los doctores renovaron y agravaron contra Enrique de Borbon, como apóstata y relapso, la decision que habian publicado contra Enrique de Valois, declarando que no se le podia reconocer por rey de Francia, aun cuando se hiciera católico, á causa del evidente peligro de disimulacion y de perfidia (1590). Habiendo descendido á los cinco ó seis meses desde su trono al sepulcro el personaje coronado y llamado Carlos X, se aumentó la discordia y la confusion. Mayena, sostenido por los *Diez y seis*, y depositario de la autoridad suprema; el jóven duque de Guisa, hijo primogénito del difunto; el duque de Lorena, gefe de esta casa, y tanto mas ofendido de la ambicion de

una rama de segundo orden, cuanto que estaba él casado con una hermana del rey difunto; y sobre todo el rey de España, que esparcia dinero en abundancia á los facciosos y que prometia hasta dos millones de oro para llevar adelante la guerra contra los hugonotes, y además estaba casado, como el duque de Lorena, con otra hermana de Enrique III, eran otros tantos pretendientes del trono, no menos contrarios unos á otros que á Enrique IV. En fin, los *Diez y seis* pusieron el colmo á la confusion y al desorden, con la muerte de tres magistrados que no les permitieron elevar con bastante rapidez á la España sobre las ruinas de su patria; Brisson, á quien habian nombrado primer presidente y que correspondió mal á sus miras; Larcher, consejero del parlamento, y Tardif, que lo era del tribunal establecido en el Chatelet, fueron condenados sin pruebas ni formalidades juridicas, á ser ajusticiados por mano del verdugo. El cardenal de Gondi, obispo de Paris, se vió obligado á retirarse en secreto y á desterrarse de su iglesia, por las mismas razones ó por no esponerse á que se le tratase del mismo modo. En una palabra, cometieron tales excesos los *Diez y seis*, que el mismo Mayena mandó ahorcar á cuatro de los mas furiosos.

Antes de esta providencia vigorosa que dió fin á su tiranía y facilitó mucho la paz, Enrique IV, reconocido rey por una gran parte del reino, habia hecho los mayores progresos con la série continua de sus grandes hazañas. El combate de Arques, en que arrolló á unas tropas tres veces mas numerosas que las suyas; la marcha triunfante en que se apoderó de todas las plazas desde lo interior de Normandía hasta Tours, y desde Tours hasta las cercanías de Paris; la batalla de Ivry (1590), en que sin contar los batallones, y mandando que su penacho fuese la única señal de reunion en medio de la refriega, derrotó de tal modo á las tropas de la Liga y á los auxiliares enviados por España, que se apoderó de todas sus

banderas; todos estos hechos asombrosos llenaron de consternación á la ciudad de Paris, que en efecto fué sitiada muy en breve por el rey, y hubiera caído en sus manos muy pronto, si no le hubiera horrorizado la sola idea de tomar por asalto su capital. «Soy (decía) el verdadero padre de mi pueblo; y semejante á aquella madre que descubrió Salomon ser la verdadera, casi querria yo mas no tener á Paris, que tenerle arruinado y lleno de sangre de mis vasallos.» Esto dió tiempo al duque de Parma para acudir con un nuevo socorro de tropas españolas; mas antes el hambre, mas cruel que el hierro y que el fuego, hizo que expiase aquella ciudad los excesos con que en ella se habia deshonrado la causa de la Liga. Por instigación de la duquesa de Montpensier se amasó pan con huesos de muertos reducidos á harina, y murieron todos los que comieron de él (1). Iban las gentes por las calles á caza de niños; fueron devorados muchos de ellos, y hubo madres que no perdonaron á sus propios hijos.

Entretanto, persuadido Sisto V por algunos embajadores de la Liga, que nada habia que esperar á favor del rey de Navarra, envió á Francia al cardenal Cayetano, con título de legado y trescientos mil escudos. No habia marchado todavia el legado, cuando supo el Papa el verdadero estado de las cosas por medio del duque de Piney, Francisco de Luxemburgo, embajador de los católicos realistas, el cual, viendo que se le habian anticipado los de la Liga, escribió al Pontífice para que no se dejase sorprender de sus imposturas. Variando Sisto V todas las instrucciones que habia dado á su legado, le prescribió solamente que tratase de los intereses de la Religión, que no se declarase enemigo del rey de Navarra, que se mantuviese neutral en las pretensiones temporales de los príncipes, y que consintiese en

(1) De Thou, l. 93; Dav. l. 11; Mem. de la Liga, t. 4, p. 272.

todo, con tal que el rey que se eligiese fuese francés, bien visto de la nación y obediente á la Iglesia. No era, pues, un vil respeto humano el que hacia que se pronunciasen en Roma absoluciones ó anatemas, sino el temor de renovar los disturbios del Estado, dando vigor á un partido que se consideraba ya sin ningun recurso, y humillando al que se creia que haria triunfar á la Religión. Dicese que por haber faltado el legado á sus instrucciones, vino á ser la tea de la discordia, y no sirvió mas que para dar mayor pábulo al incendio que el Soberano Pontífice le habia encargado apagase.

Se ha acusado tambien á Cayetano (1) de haber figurado en la famosa escena á que se dió el nombre de procesion de la Liga; pero esta procesion no es mas que una invención de Jacobo Gillot, decano de los consejeros eclesiásticos del parlamento y uno de los autores de la Sátira Menippea. Asi, nos abstendremos de describir aqui una rara ceremonia que la malignidad ha supuesto para ridiculizar la causa de los de la Liga, aun á riesgo de alterar en los ánimos el respeto debido á la Religión, cuya defensa habia tomado la Liga. La polémica de los partidos políticos ha recurrido á toda especie de armas; pero la historia imparcial, que se sobrepone á las pasiones, no debe seguir las preocupaciones rencorosas ni presentar como hechos positivos las invenciones de una crítica burlesca; antes bien debe deplorar que una ligereza culpable ó un espíritu de odio contra la Religión haya acreditado estas fábulas escandalosas, hasta el punto de hallarse obligada á desmentirlas.

No tuvo tiempo Sisto V para corregir los excesos de su ministro, pues murió á 27 de agosto de este año de 1590, de cerca de sesenta y nueve años de edad, despues de un Pontificado que no habia durado mas de cinco años, cuatro meses y tres dias, y que sin em-

(1) De Thou, l. 98; Dav. 11; L'Etoile, t. 11, p. 11.

bargo es uno de los mas justamente memorables. Es tan inseparable del nombre de Sisto V la idea de un gran Papa y de un gran príncipe, que nada se puede añadir á las impresiones que escita en los ánimos de todos. Conforme á la máxima de Vespasiano, el cual decia que el príncipe debe morir de pie, murió trabajando continuamente por el bien del Estado y de la Religión, á pesar de los vivos dolores de su última enfermedad, despues de haber cumplido con mucha edificación todas las obligaciones de cristiano. Luego que cerró los ojos este Pontífice, tan temido mientras vivia, se quejaron los romanos de los tributos con que decian los habia oprimido, y fueron corriendo al Capitolio á romper la estatua que le habian erigido poco antes: lo que dió motivo al prudente decreto del senado, por el cual se prohibió que en lo sucesivo se erigiese estatua á ningun Pontífice antes de morir. Sin pretender apoyar las vanas observancias, muchos historiadores han hecho notar que el miércoles era el dia afortunado de Sisto V, el cual nació, recibió el hábito de San Francisco, el generalato de su órden, el cardenalato, el pontificado y la corona en aquel dia.

El cardenal Castagna, noble genovés, á quien habia mirado Sisto V como el individuo mas digno del Sacro Colegio y como su inmediato sucesor, fué en efecto elegido Papa á 15 de setiembre, y tomó el nombre de Urbano VII; pero murió al cabo de trece dias, llorándolo todos amargamente, mientras él por el contrario bendecia al Señor, porque le libraba de la cuenta formidable que hubiera tenido que dar de un ministerio en que habria supuesto á desmentir las mas lisongeras esperanzas.

Se eligió á 5 de diciembre del mismo año 1590 al cardenal Sfondrato (1), noble cremónés, que tomó el nombre de Gregorio XIV. En el cónclave en que fué elegido se compusieron

(1) Giac. in vit. Pontif. et Card. t. 4, p. 224, etc.

las profecias acerca de los Papas, segun los que no las atribuyen á San Malaquías. Los partidarios del cardenal Sfondrato habrian tenido los honores de esta invención y se pretende probarlo diciendo que á contar desde este Papa no salian tan exactas las profecias; pero cabalmente nunca han parecido tan verdaderas cual lo parecen respecto de muchos Pontífices, tales como Alejandro VII, Pio VI, y Pio VII (1). Como quiera que sea, el nuevo Papa, dotado de una piedad eminente, de una castidad angelical y de una sobriedad nada comun, hasta el punto de no beber vino sino en la vejez, estaba animado de tal celo, que renovó las excomuniones contra Enrique IV, le declaró privado de la corona, absolvió á sus vasallos del juramento de fidelidad, prometió á los de la Liga un subsidio de quince mil escudos mensuales y un refuerzo de ocho mil hombres, que les envió al mando de su sobrino el duque de Montemarciano.

El parlamento que habia sido erigido en Tours ó trasladado á aquella ciudad en tiempo de Enrique III, y el tribunal de Chalons que formaba parte de él, condenaron al fuego las letras de este Pontífice que se habian publicado en Paris, y dieron un auto de prision contra el nuevo nuncio que las habia llevado. Algunos obispos, reunidos en Nantes (1591), sin dejarse llevar tan lejos como aquellas corporaciones impregnadas de hugonotismo, osaron declarar que los decretos de la Santa Sede eran contrarios á los cánones y á los concilios, al espíritu de la Iglesia universal y á los usos constantes de la iglesia galicana, como si el primero de estos usos no fuera el de no reconocer por rey á quien no fuera católico; en una palabra, que eran abusivos en la sustancia y en el modo. En medio de estos disturbios celebró el cardenal de Joyeuse, en su arzobispado de Tolosa, un concilio provincial, cuyos prudentes y

(1) Hist. de la Papauté, 2 ed. t. 2, p. 244.

numerosos decretos, siempre conformes á los de Trento, manifestaban el espíritu de fé y de unidad que continuaba animando al clero del reino. El mismo rey, decidido sin duda á esta manifestacion por los pasos del Papa y del legado que estimulaban su negligencia y fijaban venturosamente su incertidumbre, renovó la promesa de hacer que se le instruyese, como lo habia jurado solemnemente en su exaltacion al trono.

En la tranquila Italia, y sobre todo en Roma, donde parecia que el orden público era todavía dirigido por el genio de Sixto V., se presentaban unos espectáculos muy diferentes y verdaderamente dignos de fijar la atencion de los cristianos. Tales fueron por excelencia los últimos momentos de la vida angelical de San Luis Gonzaga, que cinco ó seis años antes habia entrado en la Compañía de Jesus. Este príncipe, que era el primogénito de su linea, habia entrado en la Religion con todas las virtudes que supone el sacrificio de una soberania y la conservacion de la inocencia en el seno de la grandeza (1). Alma pura, y tan esenta aun de aquellos defectos de que suelen no libertarse aun los mismos Santos, que pasaba frecuentemente del término en que cae siete veces el justo sin hallar la menor falta de que acusarse, no obstante que era exactísimo en el exámen de la conciencia. Toda su vida le duró el arrepentimiento de haber jurado alguna vez hallándose entre las tropas de su padre, antes de la edad de siete años, en que tuvo principio su conversion, segun se esplicaba él mismo; y desde cuyo tiempo habia comenzado á observar una vida perfecta, como lo asegura su director el cardenal Belarmino. Un favor no menos extraordinario que recibió del cielo esta alma privilegiada, fué un don de oracion tan eminente, que en seis meses no experimentó dos minutos de aquellas distracciones importunas que con tanta frecuencia obligan á gemir á las almas mas unidas

(1) Orleans. Vida de S. Luis Gonzaga.

con Dios. Estaba tan versado en el arte divino de meditar las cosas eternas, que se gloriaba Belarmino de haber aprendido en esta parte muchas reglas de su santo discípulo. Su penitencia, á pesar de su vida inocente, era tal, que á los doce años se acostumbró á ayunar tres dias en la semana, y muchas veces á pan y agua, y á alimentarse siempre con los manjares menos delicados. Nunca se acercaba á la lumbrera, por mas frio que hiciese. Dormia frecuentemente en la dura tierra, y se maceraba con tal rigor, que solia ensangrentarse todo el cuerpo. En este estado, la vida religiosa fué para él un alivio de trabajo, pues quedó bajo la dependencia de unos directores sábios, los cuales se vieron precisados á moderar su fervor mas bien que á escitarle. Advertido el Santo por su padre de que en cualquier estado que abrazase debia hacer los mayores esfuerzos para hacerse perfecto, é impresionado tanto mas de esta máxima cuanto mas santo era su estado, no omitió medio alguno para poner en ejecucion un consejo tan saludable.

Recorriendo así en pocos años una larga carrera, se halló á los veinticuatro maduro ya para el cielo. Despues de tres meses de una enfermedad epidémica, fruto de su caridad en asistir á los enfermos en un hospital, le avisaron los médicos que á lo sumo podria vivir ocho dias. Causóle esto tanto gozo, que habiendo entrado á la sazón en su cuarto un compañero suyo, «¿sabes (le dijo) la buena noticia que acaban de darme? Solo me quedan ocho dias de vida: vamos, pues, á rezar el *Te Deum*, para dar gracias á Dios por tan grande beneficio.» Habiendo llegado otro jesuita: «Padre mio (esclamó con el mismo regocijo), esto va á acabarse. Alégrese usted conmigo por la feliz suerte que me toca.» En el mismo sentido escribió á la princesa su madre, muger tan fuerte y cristiana, que tuvo la misma satisfaccion que su hijo, despues de haber aplaudido su retiro y todos sus sacrificios religiosos. «Si la caridad (la decia) llora con los que lloran,

y se alegra con los que se alegran, tendreis mucho gusto en saber lo contento que estoy, porque me acerco al término en que ya no se teme perder á Dios. Yo miro esto como el mayor favor del cielo, y os suplico que os mostréis agradecida á esta infinita bondad; á lo que faltariais seguramente si lloráseis por muerte al que va á esperaros en la verdadera mansion de los vivos, donde reunidos uno y otro con el Autor de nuestra salvacion, gozaremos un placer infinito en celebrar eternamente sus misericordias.»

Sus hermanos de religion y amigos, que habian experimentado muchas veces los efectos milagrosos de sus oraciones, le hicieron las mas fuertes instancias para que pidiese á Dios el recobro de su salud; pero él les respondió constantemente con estas palabras de San Pablo: *Vale mas morir*. Muchas veces esclamaba, estimulado de los vivos ardores del amor divino: *Deseo deshacerme, y estar con Jesu-cristo*.

Los cardenales de Gonzaga y de la Rovere, parientes suyos, iban á verle con mucha frecuencia y se informaban de su estado con el mayor interés. Con el objeto de evitarles esta molestia, se ofreció el rector á enviarles un diario exacto de todas las novedades que tuviese el enfermo, á lo que respondieron que no solo les eran agradables aquellas visitas, sino que tambien aprovechaban mucho á sus almas. Estando atormentado de la gota el cardenal Gonzaga, hacia que le llevasen á la cabecera del enfermo, y sentia en gran manera separarse de él. Como este habia sido el que le ayudó á vencer los obstáculos que se opusieron por mucho tiempo á su vocacion, un dia le dijo el Santo, penetrado del mas vivo agradecimiento: «¿Con cuánta razon os miro como á padre! A vos os debo todos los beneficios que recibo de Dios.»—«¿Ay hijo mio (respondió el cardenal enternecido y lloroso), es mucho mas lo que yo te debo, que lo que tú me debes á mi, Salvo la edad, tú eres mi padre y mi

maestro en las cosas de Dios. De todos los príncipes de mi casa (dijo despues, volviéndose á los circunstantes) este es el mas dichoso.»

Poco despues preguntó el enfermo al sabio Belarmino, si habia algunas almas que no pasasen por el Purgatorio. «No solo estoy persuadido de que las hay (respondió este gran doctor), sino que espero, hijo mio, que has de ser tú de este número.» Le llenó de tanto consuelo esta respuesta, que de repente quedó como abismado en Dios, y pasó casi toda la noche en un estado de éxtasis. Vuelto en sí, dijo con la mayor alegría y con la mayor seguridad que su muerte sucederia en el día de octava del *Corpus*. Habiendo llegado este dia, sin que se advirtiese en él la menor novedad, «moriré esta noche (repitió con un gozo indecible), moriré esta noche.» Con esta firme persuasión pidió el santo Viático, con tantas instancias, que no fué posible resistir á ellas. Ya le habia enviado el Papa la bendicion apostólica, con la indulgencia plenaria para la hora de la muerte, lo que le causó una alegría mezclada con algun disgusto, porque anticipándose de este modo el Padre Santo, parecia honrar su ilustre nacimiento. Entre todas sus virtudes era tan perfecta su humildad, que tenia una verdadera desazon por haber nacido en una esfera tan distinguida. Mientras pudo hablar, profirió de cuando en cuando algunos pasages de la Sagrada Escritura, correspondientes al estado en que se hallaba; y despues se quedó en una dulce calma, en que esforzándose todavía á pronunciar el nombre de Jesus, espiró apaciblemente en la noche de la octava del *Corpus*, á 21 de junio de 1594, de edad de veintitres años, tres meses y once dias.

Luego que exhaló el último aliento, se sintieron todos penetrados de aquel sobrecojimiento religioso que escita la muerte de los justos perfectos, destinados para patronos de los demas fieles. Por todas partes se oían estas palabras: *Era un verdadero Santo*. Implo-

rabán su auxilio, le besaban los pies y las manos, y buscaban con el mayor empeño hasta las cosas mas despreciables que habia tenido, ó de que habia hecho uso. Belarmino protesta que sintió una repugnancia invencible en ofrecer por su alma el Santo Sacrificio, temiendo injuriar al que solo quiere ser honrado en sus Santos. Los mismos testimonios de veneracion se oyeron por toda la ciudad de Roma, donde á pesar de su propension y su aplicacion á que nadie le conociese, era conocido de una infinidad de personas á quienes desde el momento que se encontraron con él no habia podido menos de llamarles la atencion el aire de santidad que se notaba en todo su exterior. Santa Magdalena de Pazzis, célebre entonces por los dones extraordinarios con que la favorecia el Señor, vió en espíritu la gloria de que estaba gozando en el cielo; y no pudiendo contener dentro de sí misma su admiracion exclamó: «Yo quisiera poder recorrer el universo entero, para decir en todas partes que Luis, hijo de Ignacio, es un gran Santo.» No tardó en hacerse general la veneracion, á causa de los muchos milagros que se hicieron por la intercesion del Santo. A los trece años despues de su muerte, tuvo ya su piadosa madre el consuelo de ver esponer canónicamente su retrato en su oratorio doméstico. ¡Justa y dulce recompensa del cuidado que aquella princesa verdaderamente cristiana habia tenido de excitar y promover en su hijo las virtudes que empezaba á honrar la Iglesia, y que propuso despues al culto público de todos los fieles!

La España, tranquila ó por lo menos libre de los ataques de la herejía por haberla sofocado cuando empezaba á nacer, dió tambien un nuevo ciudadano á la Jerusalem celestial, en el discurso del año 1591, á 14 de diciembre, en cuyo dia murió San Juan de Yepes, mas conocido con el nombre de San Juan de la Cruz, digno cooperador de

Santa Teresa en la floreciente reforma del Carmelo. Estando casi resuelto á retirarse secretamente de una orden en que buscaba inútilmente lo que habia creído hallar entre los hijos de los profetas, y á encerrarse en la cartuja de Segovia, le persuadió Teresa á que adoptase su proyecto de reforma, sin desmayar por la consideracion de las muchas dificultades que habia de encontrar en una carrera tan penosa y delicada. En efecto, padeció todo género de persecuciones por parte de sus antiguos hermanos, y entre otras la de estar encerrado nueve meses en un calabozo; lo que no le impidió continuar y llevar á efecto su piadosa empresa, y solo contribuyó á acrisolar enteramente su virtud. En fin, estando ya en sazón para la eternidad, á los cuarenta y nueve años, murió en el convento de Ubeda (Andalucía), siendo tan venerado y concurriendo en él unas circunstancias tan extraordinarias, cual solo se encuentran en la muerte de los Santos.

La reina Isabel contribuia tambien en Inglaterra, pero con un método y un designio muy diferente, á aumentar el número de los Santos. Despues de la muerte del canceller Cristóbal Hatton, muy adicto á los católicos, se publicó un edicto sanguinario que dió á muchos de ellos la corona del martirio. Con el falso pretexto de las conspiraciones que se decia tramaba en las islas británicas el rey de España, se mandó á todo género de personas, de cualquier clase y condicion que fuesen, que denunciasen todos los que se hubiesen establecido en Londres desde catorce meses antes, y declarasen en qué pais habian residido un año antes de trasladarse á aquella capital, como tambien su estado, profesion, ocupaciones y asistencia á los divinos oficios segun las leyes. Todos fueron preguntados, y los que manifestaban alguna perplejidad en sus respuestas pasaban en seguida á manos de los comisionados, los cuales mandaban castigarlos inexorablemente. El tesorero general Burgley, enemigo jurado de los católicos, tenia el encargo de

la ejecucion puntual del edicto, que por la mayor parte era obra suya, y quitó la vida á todos los sacerdotes que pudieron encontrarse, y aun muchas personas legas.

En Cracovia, capital de Polonia, hubo una fuerte conmocion con motivo de la Religion que esta nacion, radicalmente católica, no podia acostumbrarse á ver desapareciese por las cábalas de los novadores (1). El dia de la Ascension, hallándose reunidos con mucho aparato para la prédica los supuestos evangélicos, los estudiantes de la universidad, dejándose llevar de un celo escesivo, fueron con tanta decision y en tan grande número á atacar el templo que los guardas de este no pudieron contener su ardor. Muchos sectarios fueron degollados ó peligrosamente heridos. El pueblo se unió á los estudiantes y el templo fué presa de las llamas. Todos los protestantes del pais se juntaron en Czermiolsko, y enviaron diputados al rey para pedir justicia; pero explicándose con la insolencia que acostumbraban, y declarándole que habian determinado reunirse en mayor número en Radum, como tambien que se agregaria á ellos la nobleza de Lituania, le suplicaban que á la mayor brevedad convocase las Cortes, y entretanto le pedian un parage en Cracovia, donde pudiesen ejercer su religion con toda libertad. Reinaba entonces en Polonia Segismundo III. Este príncipe generoso, de la casa Real de Suecia, y católico tan firme que en materia de Religion no quiso conformarse jamás con la falsa política del rey su padre, desestimó la instancia de aquellos sectarios atrevidos, y se mostró muy irritado porque se habian reunido sin orden suya. Lo único que les concedió, porque no podia hacer otra cosa en las circunstancias en que se hallaba, fué permitirles á cada uno el ejercicio de su religion tal como le tenian antes de su tiempo, y que reedificasen como pudiesen los

edificios que se les hubiesen demolido ó quemado.

Habiendo ocupado de allí á dos años el trono de Suecia, vacante por muerte del rey su padre, intentó, aunque en vano, restablecer en aquel reino, la Religion antigua (1). Abraham Dandré, acérrimo luterano, que habia frustrado siempre los propósitos de conversion y restablecimiento del difunto rey, gozaba con el título de arzobispo de Upsal, de un poder mucho mayor para oponerse á los buenos designios del nuevo monarca, el cual ni siquiera tuvo la autoridad suficiente para hacer que le coronase el nuncio del Papa que le habia acompañado á este efecto desde Polonia. Despues de muchos debates entre el rey y las Cortes, se vió obligado, por consejo del mismo nuncio, á ceder á la necesidad, y para colmo de desventura á recibir la corona de mano del arzobispo de Upsal, que era el principal móvil de esta trama. Además exigieron las Cortes, que antes de la ceremonia jurase el rey solemnemente que no habria en Suecia otra religion que la de la confesion de Augsburgo. A este extremo se vé reducida tarde ó temprano la magestad de la diadema por las novedades y por las reformas mas especiosas en materia de religion.

No estaban menos discordes entre sí estas sectas sediciosas que con los católicos. En Torgaw, ciudad de Sajonia, pidieron los luteranos que se hiciese una pesquisa exacta de los calvinistas; que se les quitase el gobierno de las iglesias y la educacion de la juventud, y hasta que se les escluyese de todos los negocios públicos. Los acusaban para esto de que contravenian á la fórmula del concordato que habian firmado, y de que inundaban el público con libelos injuriosos contra los que se habian dignado de concederles el título de hermanos, tan poco merecido de ellos. Se les concedió lo

(1) De Thou, l. 10.

(1) Bussend. Hist. de los principales estados de Europ. Introd. t. 11.